



Mitológicas

ISSN: 0326-5676

caea@sinectis.com.ar

Centro Argentino de Etnología Americana
Argentina

Ceruti, María Constanza
Montañas sagradas en el país vasco y su mitología
Mitológicas, vol. XXVI, 2011, pp. 29-42
Centro Argentino de Etnología Americana
Buenos Aires, Argentina

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=14620907003>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

MONTAÑAS SAGRADAS EN EL PAIS VASCO Y SU MITOLOGIA

María Constanza Ceruti*

Summary: Numerous mountains in the Basque country are pilgrimage sites where local residents climb for purposes of purification and healing. Basque folklore associates megalithic monuments of mountaneous heights to the giant and deformed “gentiles” who are believed to be the custodians of material and spiritual treasures. The ancient witches, who would hide from the Inquisition in mountain caves, have inspired the mythological figure of Mari, the Basque goddess of mountains, whose abode is located on the most abrupt peaks of the Pyrenees and the Cantabric range. Her retinue of nymphs (“lamias”) and sorcerers (“sorginas”) are believed to dwell in the darkest corners of the forested mountain slopes.

For the purpose of this research, the author has visited numerous megalithic sites in the Basque mountains, including the dolmen of Sagastieko Lepua on the summit of Mount Akolaxtara and the cromlech of Mulisko Gaina, in the heights of Mount Oindi; in addition to the dolmens on the slopes of the Aizgorri massif. She has also visited the Church of Saint Ignacio and the medieval tower of the Loyola family; in addition to the museum site of Saint Martin of Iraurgi and the San Telmo museum in Donostia. Accompanied by basque mountain climbers, she has ascended to the peaks of Mount Txindoki, Uzterre and Ernio.

Basque mythology was introduced in America during the conquest and colonization. Missionaries and immigrants also played a part in the process. Nurtured by this foreign system of beliefs, Andean folklore has created syncretic figures and stories that can only be fully understood in connection to their European roots (which have often been overlooked). Hence this is why it is important to take Basque mythology into consideration in the context of anthropological studies on sacred mountains of Latin America.

Keywords: Mountains, Mythology, Archaeology, Basque Country, Andes.

Introducción

El país vasco se encuentra situado en el extremo de la región conocida como “el levante”, formando una ruta natural de acceso a la península Ibérica. Los pirineos occidentales forman parte del territorio vasco o *Euskadi*, al igual que la cordillera cantábrica, la cual se abalanza sobre el agua en sus costas acantiladas y en el flysch que se extiende a modo de “dedos” hacia el mar. Cada región de Euskadi se encuentra dominada por una montaña de mayor importancia simbólica, tratándose habitualmente de elevaciones de baja altitud pero de topografía abrupta, atravesadas por caudalosos ríos que se precipitan en su corto

trayecto hacia la costa.

Compartido geopolíticamente entre Francia y España, el país vasco constituye una indivisible unidad cultural, fundada en la pervivencia de una lengua propia -el *euskera*- y de un sistema de creencias en el que la montaña juega un papel fundamental. La mitología es considerada, junto con la lengua Euskera, como el monumento cultural más importante del país vasco (Ortiz-Osés y Garagalza, 2006; pp.11).

En la provincia vasca de Guipuzkua existen dos regiones montañosas principales, en torno a los macizos de Aizkorri y Aralar. Los macizos tienen nombres genéricos pero

cada montaña o pico en la “cordelada” recibe un nombre específico y suele estar vinculada a distintas leyendas. Tal es el caso del macizo de Aizkorri, cuyas faldas cubiertas de megalitos se asocian a la presencia de gigantescos “gentiles” y a los “agujeros de oro” resultantes del saqueo de los monumentos megalíticos. En tanto que el distintivo pico denominado Aketegui, el cual forma parte de las cumbres del macizo, constituye una de las moradas preferidas de Mari, la diosa vasca de las montañas.

A lo largo de los siglos, las montañas del país vasco fueron habitadas por pastores adscriptos a un modo de vida transhumante con raíces que se remontan a la etapa Neolítica y cuyo sistema de creencias se ha mantenido en vigencia hasta la actualidad, siendo prueba de ello, el vigor de la mitología y de la lengua vascuence. Simultáneamente las montañas vascas fueron regularmente atravesadas por peregrinos cristianos en ruta hacia Santiago de Compostela y constituyeron la cuna geográfica de la Compañía de Jesús.

La mitología da vívida cuenta de las tensiones emergentes entre la cosmovisión animista tradicional de los vascos al interactuar con el sistema de creencias cristiano. El conflicto se hace presente en la leyenda del caballero Teodosio de Goñi que narra el enfrentamiento entre el arcángel San Miguel y el dragón del monte Udalaiz; o en la leyenda del caballero Diego López de Haro y su mujer Mari, con pies de cabra, que huye a la montaña cuando el esposo cristiano se santigua.

La cosmovisión vasca es claramente animista y gira en torno a la figura de Mari como deidad femenina que mora en las montañas. La relevancia del principio femenino en el mundo vasco se entrevé en el carácter cíclico, nutricional, telúrico, lunar y acuático de su mitología, así como en la importancia otorgada ancestralmente a las cuevas como lugares de culto y a los motivos de círculos concéntricos,

espirales y laberintos en el arte rupestre y en la decoración de la cerámica (Ortiz-Osés y Garagalza, 2006; pp.49). La antigüedad de dicho sistema de creencias podría remontarse a varios miles de años siendo, que el sacerdote etnógrafo José Miguel de Barandiaran, ha señalado posibles vínculos a nivel simbólico entre los animales en el ciclo de Mari y las pictografías rupestres paleolíticas y neolíticas (Ortiz-Osés y Garagalza, 2006; pp.199).

Existen en el imaginario vasco entidades que obran como “dueñas” del entorno. En particular, cuando se trata de entornos boscosos o *nemeton* considerados sagrados en todo el mundo celta, y en el mundo celtibero por extensión (Cotterell, 1999). Tal es el caso de Basajaun y la Basandere, el señor y la señora del bosque. El Basajaun tiene el aspecto de un hombre agricultor, molinero o herrero y su eficacia simbólica se manifiesta en la protección de los rebaños (Ortiz-Osés y Garagalza, 2006; pp.145). También se encuentra Busgosu, un ser mitológico forestal con forma de árbol y cubierto de líquenes. Al igual que los duendes del bosque conocidos en el mundo vasco como Tragus.

Es así que conviven en el paisaje de Euskadi las ermitas en cumbres dedicadas a santos católicos con cuevas de brujas y aquelarres; los elevados picos rocosos donde mora Mari, la diosa vasca de la montaña, y las alturas de los cerros tapizadas de megalitos prehistóricos que el folklore atribuye a la fortaleza física y el conocimiento de los gigantescos “gentiles”.

Montañas, Megalitos y Gentiles

En el sistema de creencias vasco, las construcciones megalíticas aparecen vinculadas a la figura de los míticos gentiles; así como a la morada de brujas y al ocultamiento de tesoros. A diferencia de los conjuntos megalíticos en el norte de Europa, el emplazamiento de los

megalitos ibéricos suele ubicarse en collados cercanos a las cumbres de cerros forestados; aspecto que aparece realzado por la toponimia. En las inmediaciones de la cima del cerro Akolaxtara se yergue el dolmen de Sagastieko Lepua, desde cuyo emplazamiento se admiran las cimas de los vecinos montes Urdaburu (“cima de oro”) y Adarra (“cuerno”). El nombre del dolmen hace referencia a su ubicación en un collado montañoso. Como es habitual en los dólmenes ibéricos, la cámara funeraria está orientada hacia la puesta del sol, quedando el cuerpo orientado hacia la salida del mismo, tradición que perdura en los cementerios y camposantos cristianos en el país vasco.

Los *cromlech* del país vasco se diferencian también de otros círculos de piedra celtas por su carácter de monumentos funerarios. Las tumbas megalíticas suelen ser de cámara individual; aunque en algunos casos funcionaron como osarios que alojaron los restos de más de 30 difuntos. Los objetos materiales encontrados en dólmenes, en calidad de ofrendas funerarias, incluyen cerámica y cintillas de oro que contribuían a la función social de los cromlech como emblemas del poderío del clan o tribu. El *cromlech* de Mulisko Gaina, emplazado en un llano en las alturas del cerro Oindi, consta de varios círculos de piedra y de un inusual domo de doble cámara. Tal como se desprende de su nombre en euskera -Muniskueko Gaina- se trata de un conjunto megalítico emplazado en un llano elevado. El sitio ha sido tradicionalmente asociado a los “gentiles” y descrito por los pastores vascos como “*Kanpu santu zarra*”; es decir, campo santo de los antiguos (Luis Rios, comunicación personal). Las tumbas de doble cámara con grandes losas se conocen como “*jentilarri*” o piedra de los gentiles.

Por su parte, los menhires habrían sido monumentos recordatorios para señalar en la geografía montañosa el lugar donde ocurriera un evento digno de memoria (Luis

del Río, comunicación personal). En el abra de acceso al valle de Urbía que se extiende en las faldas del macizo de Aizkorri se yergue un pequeño menhir que, pese a su escasa altura, es reconocido por los pastores transhumantes como una “piedra sagrada”.

El macizo de Aizkorri y los gentiles

Los megalíticos característicos del paisaje arqueológico de Euskadi aparecen en la mitología vasca como estrechamente vinculados a los míticos “gentiles” a quienes se caracteriza como gigantes -usualmente deformes- que moran en las montañas. “Tártalo”, un gentil emparentado con los cíclopes de la mitología mediterránea, tiene su morada en un dolmen en el macizo de Aizkorri, cuya cima de 1528 metros constituye la máxima elevación de Guipuzkoa. El paraje asociado con dicho megalito recibe la lógica denominación de Tártaloexte (“casa de Tártalo”). A la toponimia se suman los relatos folklóricos: el gentil Tártalo ha sido avistado personalmente por una anciana que pastorea en la región (Luis del Río, comunicación personal).

En virtud de su descomunal tamaño, los gentiles son capaces de mover las grandes piedras empleadas en la construcción de dólmenes y *cromlech*; así como en la erección de menhires. También pueden arrojarlas violentamente cuando se enojan ante la presencia de ermitas cristianas construidas en sus montañas o durante la celebración de festividades religiosas. Uno de los gentiles más diestros en esta tarea es Sansorri -cuyo nombre remite a la figura bíblica de Sansón- el cual desde la costa cantábrica arroja piedras contra los barcos de los “filisteos”.

En algunas narraciones, los gentiles arrojan las piedras valiéndose de una honda, aspecto llamativo en cuanto a su semejanza con lo referido en leyendas sudamericanas en las que montañas antropomórficas luchan entre sí arrojándose hondazos; o en los relatos que

atribuyen los hondazos que transformaron el paisaje de los Andes a la figura de un mítico rey Inca (véase Ceruti, 2004a y 2005). En otras ocasiones, la torpeza de los gentiles queda de manifiesto al caminar por los pastizales de montaña y resbalar sobre las heces frescas de las vacas.

Los gentiles dominan conocimientos (agricultura) y artes (metalurgia) antiguamente vedados a los cristianos. En la mitología vasca, la figura del héroe civilizador es ocupada por San Martín Txiki, un joven astuto y audaz quien fuera capaz de engañar a los gentiles para robarles el grano y así permitir que se introduzca la agricultura en la sociedad humana. Coloquialmente se lo conoce como Martinico o San Martinico y se lo caracteriza como físicamente débil pero intelectualmente dotado para asumir con astucia los desafíos que implica la apropiación de los conocimientos guardados por los gentiles (Luis del Río, comunicación personal). En este aspecto, los relatos sobre Martinico que he tenido oportunidad de escuchar en el país vasco me recuerdan en gran medida a las leyendas sobre el héroe cultural nórdico Askelod, cuya juventud y astucia le permiten enfrentarse a los *trolls* y rescatar exitosamente a la princesa cautiva.

El accionar de los gentiles aparece frecuentemente asociado a Mari (Ortiz-Osés y Garagalza, 2006; pp.169), al igual que a la figura de ciertos genios masculinos. A uno de estos genios, llamado Maide, se atribuye la ayuda recibida para la construcción de dólmenes y *cromlech*. En general, los genios masculinos en la cosmovisión vasca -incluso los genios malignos como Inguma, capaz de ahogar a sus víctimas- aparecen vinculados al aspecto tremendo de Mari, la diosa de las montañas (Ortiz-Osés y Garagalza, 2006; pp. 193-195.).

Montañas y tesoros en el país vasco

La toponimia vasca abunda en nombres de montes que hacen alusión a tesoros. Tal es el caso del cerro Urdaburu, cuyo topónimo se traduce como “cima de oro”. En las inmediaciones del macizo de Aizkorri se conoce una cumbre bautizada “agujero de oro” en razón del saqueo sufrido por un dolmen erigido en su alturas (Luis del Río, comunicación personal).

Por su parte, las leyendas vascas también vinculan a las montañas que albergan sitios megalíticos con legendarios tesoros, en relatos que aluden a “campanas de oro” y “pellejos de buey”. La similitud de dichos relatos con leyendas de “campanas de oro, “cogotes” y “toros con astas de oro” que se conocen en zonas cordilleranas de los Andes (Evelio Echeverría, 1988; Ceruti, 2003; Reinhard y Ceruti, 2010) sugieren que las versiones americanas se habrían nutrido sustancialmente de la mitología vasca aportada durante la conquista española.

El monte Irukurutzeta (896 m) cuenta en su geografía con varias estaciones megalíticas, entre ellas la de Elozua Placencia, dotada de 14 dólmenes. Las leyendas vascas atribuyen a la montaña la custodia de “12 palancas de oro”, “odres y fudres” y también “un cofre lleno de oro”. Se dice que los franceses, durante las guerras napoleónicas, cargaban con una “cucha de oro” y que al enterarse de la derrota de su ejército, enterraron su contenido envuelto en el pellejo de un buey en algún lugar secreto de la cima de esta montaña (Luis del Río, comunicación personal). No pueden dejar de advertirse las semejanzas con los relatos andinos en los que el tesoro enterrado en la cima de una montaña es parte del “rescate de Atahualpa” que los Incas transportaban para la liberación de su emperador cautivo y que decidieron esconder en la montaña al enterarse que Atahualpa había sido ejecutado por los españoles.

Montañas, Ermitas y Romería

La montaña cumple un rol destacado como escenario de ritos religiosos de importancia calendárica en el país vasco. El primero de Enero es tradición ascender a la cima más significativa para cada aldea. En Navidad “lo primero para los vascos es ir al monte” (Luis del Río, comunicación personal). Durante la noche de San Juan es costumbre que se enciendan hogueras en todas las cumbres y que los jóvenes sean los encargados de saltarlas ceremonialmente (Juantxo Agirre, comunicación personal). El solsticio de verano es celebrado también con abluciones y baños purificatorios (Ortiz-Osés y Garagalza, 2006; pp.177).

Entre los árboles que pueblan las forestadas laderas de los montes vascos se reconocen ciertas especies a las que se consideran “árboles buenos”, entre las cuales se cuenta el fresno, por las propiedades mágicas de sus ramas para proteger los hogares de los rayos e incendios; el laurel, de uso culinario y el espino al que se vincula usualmente con las apariciones de vírgenes. La madera de los “árboles buenos” es habitualmente empleada para la confección de cruces de palillos que se colocan en las puertas de las casas para protección de sus moradores. Idéntica función cumplen las flores de Eguzki-lore colocadas en los dinteles de las ventanas y puertas.

Las ermitas erigidas en relación con rasgos sacralizados del paisaje vasco, tales como montañas, árboles o fuentes, invitan a la peregrinación orientada a la curación de distintas dolencias. En la ermita de San Prudencio, los romeros vascos llevan ofrendas de aceite de oliva y ovillos de hilo que presentan a cambio de la oportunidad de moler una piedra cuyo polvillo cura la psoriasis. En la ermita de San Elías, las mujeres se lavan “las partes” en una bañera de piedra llena de agua que gotea de la roca con la esperanza de poder concebir

un hijo (Luis del Río, comunicación personal).

El monte Uzturre y la ermita de Isazkun

El monte Uzturre es una montaña forestada cuya ladera más abrupta forma un precipicio que domina a la aldea de Tolosa, otorgándole un dramático telón de fondo. La montaña está coronada por una gran cruz, la cual no ha sido erigida sobre la cumbre misma sino hacia un lado, en la cima del precipicio. Dicho emplazamiento es visitado cotidianamente por residentes de Tolosa que combinan en el ascenso al monte Uzturre una actividad física (en carácter de entrenamiento deportivo o de simple ejercicio saludable) junto con una actividad religiosa, como es la visita a la ermita de Isazkun, situada a mitad de camino, en las alturas de la montaña.

Durante todo el mes de Mayo, la visita a la ermita se acompaña con asistencia diaria a misa en horas del amanecer, puesto que durante esas cuatro semanas los vascos de la aldea Tolosa realizan su “romería a Isazkun”. Incidentalmente, escuche acerca de dicha tradición vasca mientras cenaba en una de las típicas “sociedades gastronómicas” de Tolosa -en la que solamente cocinan los hombres-. El anfitrión y cocinero comentaba a los comensales que, pese a la lluvia y el frío imperantes, no pensaba dejar de ascender al monte Uzturre al día siguiente, para lo cual tenía prevista la partida alrededor de las cinco de la mañana, con el fin de llegar a tiempo a la misa en la ermita y tener también el tiempo necesario para ascender a la cruz y descender luego al pueblo, en horario para el inicio de sus actividades laborales cotidianas.

Dado que mi visita al país vasco coincidió con el mes de romería al monte Uzturre, tuve eventualmente oportunidad de realizar la ascensión acompañada del alcalde de la aldea de Tolosa. Me conmovió la fe y devoción de los “romeros” -en su mayoría

ancianos y ancianas vascas- que asistían a misa en la ermita de Izaskun, habiendo ascendido al amparo de las frías sombras de la madrugada para recitar sus plegarias y salmos en lengua *euskera*. Al finalizar la celebración católica, y tras saludar al sacerdote en la pequeña sacristía, emprendimos el ascenso hasta la cruz a pesar de las reiteradas advertencias que oímos en razón de los fuertísimos vientos que soplaban aquella mañana, los cuales se decía que podían convertir las inmediaciones del precipicio en una trampa mortal para cualquier incauto.

Las cruces de gran tamaño situadas en las alturas de numerosas montañas vascas, como en el caso del monte Uzturre, fueron allí colocadas después de la guerra civil española a pedido del papa Pío XII, para protección de los pueblos y aldeas a sus pies. Ya desde 1901, la iglesia católica romana había ordenado la “cristianización” de las montañas vascas mediante la colocación de cruces en sus cimas, en un proceso que en algunos aspectos se asemeja al que se llevara a cabo durante las campañas de extirpación de idolatrías en las montañas andinas.

La montaña es también un espacio de inspiración y esparcimiento para renombrados artistas vascos, al igual que para artesanos locales que eligen refugiarse en la naturaleza boscosa de sus laderas, manteniendo estilos de vida menos convencionales que los de sus compatriotas aldeanos.

El monte Ernio y su romería

El macizo del Ernio ocupa una posición central en la geografía de la provincia vasca de Guipuzkoa. Dotado de cuatro cumbres, su distintivo perfil aserrado suele permanecer oculto entre las nubes y neblinas típicas de Euskadi, llamando la atención al ser observado en días claros desde cualquier otra montaña de la región cantábrica, incluyendo los montes Urgull e Igueldo, que custodian la bahía de la

concha en la ciudad costera de Donosita -San Sebastián-.

El monte Ernio es caracterizado por los vascos como un lugar de romería y hasta como una “montaña mágica” (Beatriz Marticorena, comunicación personal) o “cerro que desprende magia”. En efecto, una de las cimas principales del monte Ernio, es ascendida colectivamente en romerías anuales (también en forma circunstancial por devotos particulares), lo que la convierte en un importante centro de peregrinaje donde se llevan a cabo ritos sincréticos de purificación y sanación propios del catolicismo popular vasco.

El santuario se encuentra emplazado en la cima de mayor dramatismo paisajístico en todo el macizo montañoso, puesto que suele vérsela rodeada de nubes que cubren y descubren alternativamente los precipicios aparentemente inexpugnables que la flanquean por varios lados. Dicha cumbre reúne en sus características topográficas un limitado espacio físico relativamente llano -de unos quince metros de extensión por cinco metros de amplitud- que hace posible la congregación de fieles para la veneración de las cruces allí erigidas. Se trata no sólo de la gran cruz que tradicionalmente corona a las montañas vascas, sino también de innumerables cruces de distinto porte y tamaño, plantadas ad-hoc por los peregrinos, las cuales llegan a ocupar gran parte de la superficie rocosa sobre la cresta.

La apariencia abrupta de la cresta del monte Ernio contribuye a la percepción alternativa de la montaña como lugar peligroso; caracterización que se desprende de una leyenda que describe esta montaña como último refugio de los antiguos vascones en su resistencia contra la invasión romana. El dramatismo del relato legendario se ve aumentado ante la referencia a numerosos vascos ancestrales, quienes en su heroico intento de evitar caer prisioneros, se habrían suicidado lanzándose al vacío desde

las abruptas peñas del Ernio (Luis del Río, comunicación personal).

Dos son las rutas de ascensión utilizadas para llegar a la cima del monte Ernio. La ruta más frecuentada asciende desde una antigua ermita, por la rocosa dorsal del cerro hasta el refugio de montaña de Zelantun, para continuar desde allí por un camino tallado en la roca viva hasta la cima donde se encuentran las cruces resultantes de la devoción popular. Tratándose de la ruta más corta y de menor desnivel, es la más frecuentemente elegida por los romeros en su peregrinación a la cima del Ernio.

Recorrí este camino, referido coloquialmente como “la ruta de Zelantun” bajo una fuerte tormenta de primavera, con espesas cortinas de lluvia, temperaturas muy bajas y fuertes vientos, que motivaron que las dos mujeres residentes en Tolosa con quienes ascendía en aquel momento me imploraran que no continuara más allá del refugio de Zelantun. Según me explicaban, la montaña era tan peligrosa que muchas de las cruces plantadas en la cima aludían a las numerosas vidas que el Ernio se había cobrado hasta entonces. En honor a la verdad, la apariencia de la montaña con su cresta envuelta en nubes y azotada por los vientos era francamente sobrecogedora.

La segunda ruta de ascensión parte de la localidad de Urkizu, en los altos que rodean a la aldea de Tolosa, y asciende hasta la cumbre menor más distante, para luego “crestear” por las abruptas cimas que se suceden en la geografía del Ernio, hasta llegar a la cumbre donde se encuentra el santuario. El ascenso es mucho más largo por esta vía; pero esta vez me acompañaban un sol espléndido y una pareja de veteranos montañistas vascos residentes en Urkisu, con quienes había compartido un opíparo almuerzo. Cuando llegamos a la cima, me explicaron que las cruces en las alturas del Ernio son plantadas como exvotos de agradecimiento por la salud recuperada

o erigidas en memoria de personas fuera del ámbito de la montaña. Solo me fue referido un caso concreto de muerte por despeñamiento en un devoto cuyo equilibrio y buen juicio se vieron afectados por un exceso en la bebida.

La más importante romería al monte Ernio tiene lugar en el mes de Septiembre, cuando incontables peregrinos ascienden a sus alturas para santiguarse frente a las cruces de la cima y llevar a cabo un rito por demás peculiar. El rito se repite en las visitas periódicas que los devotos repiten a la cima del cerro durante el transcurso del año, en fines de semana. Junto a un arbusto en la precumbre del cerro, una antigua cruz de piedra sostiene unos aros de metal de aproximadamente medio metro de diámetro, a través de los cuales hay que introducir la totalidad del cuerpo, comenzando por la cabeza y terminando por los pies o viceversa. La creencia popular vasca afirma que dicho ritual previene enfermedades y que resulta eficaz para aliviar padecimientos como el reuma, que resultan tan típicos entre los ancianos residentes en un clima húmedo y fresco como el de los bosques de Euskadi. La picardía vasca refiere también que el fervor devoto de ciertas señoras corpulentas ha terminado en más de una oportunidad con sus talles irremediabilmente atorados dentro del aro de hierro, requiriendo la intervención de algún herrero experto para liberarlas.

El elemento de los aros de metal puede estar relacionado simbólicamente con las cadenas que los penitentes medievales cargaban en sus ascensos purgativos a las montañas, como se desprende de la leyenda del caballero Teodosio de Goñi, de quien se dice que hacía penitencia en el macizo de Aralar cargando pesadas cadenas para purgar el asesinato involuntario de sus progenitores.

Cabe por último señalar las similitudes que el monte Ernio presenta con respecto al pico pirenaico de Montsegur, al que también se describe como una montaña cargada de “magia”

y como “último refugio” de los cátaros, quienes pese a haber sido históricamente quemados en una hoguera al pie del cerro, las leyendas populares recuerdan como saltando al vacío desde los abruptos precipicios de la montaña.

El monte Izarraitz: entre santos y hechiceras

Izarraitz es un macizo montañoso constituido por una cumbre principal redondeada y por un pico abrupto que se yergue a su lado. El pico abrupto, conocido como Oiz, es una de las moradas temporarias de Mari, la diosa de las montañas vascas. La cumbre principal del monte Izarraitz ostenta en cambio una estatua de San Ignacio de Loyola, fundador de la orden religiosa de la Compañía de Jesús. En sus faldas se asientan los poblados de Azpeitia y Azkoitia, que disputan ancestralmente el privilegio de ser la cuna de tan eminente santo de la iglesia católica. Se dice que la estatua en la cumbre del monte Izarraitz ha sido en alguna ocasión “dada vuelta” procurando que “apunte su protección” hacia algunos de los poblados en disputa (Luis del Río, comunicación personal).

Montañas, Diosas y Brujas Vascas

El sacerdote y etnógrafo José Miguel de Barandiarán describió a Mari, divinidad femenina de la antigua religión vasca, como “genio de las montañas”. En su carácter de diosa telúrica, Mari mora en determinadas montañas - no en cualquier elevación del paisaje - y se traslada en forma temporal de una a la otra, surcando el firmamento como sierpe, hoz o medialuna de fuego (Ortiz-Osés y Garagalza, 2006; pp.187). El anclaje de la diosa Mari con la orografía vasca se hace evidente en las distintas advocaciones con las que se alude a ella: Mari de Aralar, la Dama del Amboto, la Santa de la Cueva, la Señorita de Lizárraga, la Señora de Muno (Ortiz-Osés y Garagalza, 2006; pp.125).

Uno de los picos montañosos del macizo de Aizkorri, denominado Aketegui, tienen una cueva considerada morada temporal de

Mari. Mientras admiraba el efecto “humeante” de las nubes que se arremolinaban en torno al Aketegui, una anciana pastora local no dudó en afirmar que “la dama había regresado a su cocina” (Luis del Río, comunicación personal).

La leyenda vasca sobre el caballero Diego López de Haro sintetiza la raíz precristiana de la creencia en Mari, la diosa de la montaña. Refiere que Don Diego desposó a una dama con pies de cabra y tuvo con ella dos hijos. Un buen día, estando la familia sentada a la mesa, el cristiano se santiguó y su mujer reaccionó tomando en brazos a la hija de ambos y huyendo por la ventana hacia la montaña. Sin embargo, cuando años después el hijo varón fue a la montaña a buscar ayuda de su madre, Mari le entregó un caballo volador con el que logró rescatar a Don Diego, que había caído cautivo de los moros (Ortiz-Osés y Garagalza, 2006; pp.155-157).

Los vascos conceden gran importancia al rol de la mujer en la sociedad, siendo que tradicionalmente era ella la que llevaba a cabo las tareas más importantes en el seno del hogar, durante las frecuentes ausencias del marido pastor o pescador. La señora de la casa o *etxeakoandre*, encargada del cuidado del fuego del hogar, representa simbólicamente a la diosa Mari, en la vivienda concebida como reflejo cultural de la cueva (Ortiz-Osés y Garagalza, 2006; pp. 159). Las casas vascas suelen estar protegidas por flores de *Eguzkilo*, símbolos del sol y amuletos contra las brujas, colocados en los dinteles de puertas y ventanas.

Mari como hechicera

Mari aparece en la mitología vasca como “hechicera o maga de los cuatro reinos”, asociándose a rasgos del paisaje montañoso (cuevas, oquedades, cumbres puntiagudas que utiliza como morada o cocina), a determinados árboles sagrados, a ciertos animales simbólicos (toro, macho cabrío) y a oráculos, maleficios y

rituales que la vinculan con el mundo humano (Ortiz-Osés y Garagalza, 2006; pp.125-127).

Mari puede ser caracterizada también como “hechicera de los cuatro elementos”. Ella reside en el seno del elemento tierra; regula las lluvias y la fertilidad asociada con el elemento agua. Anima a los elementos aire y fuego al dominar la actividad eléctrica de la atmósfera surcando los cielos envuelta en llamas o convocando tempestades desde su carro de nubes tirado por caballos (Ortiz-Osés y Garagalza, 2006; pp.127). En este sentido se asemeja a los dioses celestes masculinos del panteón indioario (Zeus, Thor) e incluso al felino Qoa andino.

La mitología no escatima indicios relativos a la brujería a la hora de proponer un origen histórico para Mari. La leyenda del caballero Diego López de Haro subraya la rápida huída de “la dama” a la montaña, al persignarse su marido ante la mesa familiar. Otra versión acerca del origen de Mari la vincula a la figura histórica de una mujer sabia en artes curanderiles quien en tiempos de la inquisición se negaba rotundamente a convertirse a la religión católica, por lo que fue “atada al carro de caballos para obligarla a ingresar a la iglesia” (Juanxo Agirre, comunicación personal). Mi colega agregó: “Entonces se formó una bola de fuego y la mujer se transformó en la famosa dama de las montañas vascas”. El relato parece encubrir elementos que apuntarían a un proceso inquisitorial, en el que la mujer acusada de brujería habría sido arrastrada por un carro de caballos; forzada quizás a entrar a una iglesia y eventualmente quemada en la hoguera.

Sin embargo, las mujeres vascas que viven en la montaña son reticentes a aceptar la caracterización de Mari como una “bruja”. Cuando pregunté al respecto a una reconocida alpinista que vive en los altos de Urkisu, mi interlocutora aclaró: “Mari es una dama, no una bruja” (María José Valdez, comunicación

personal).

Mari como sirena

Mari suele peinar sus dorados cabellos al sol, sentada junto a la puerta de su cueva; o bien junto al fuego de la cocina. A veces utiliza un peine de oro para su tarea. Es frecuente que mientras se peina atraiga a los hombres como una sirena y que los desprevenidos que se le acercan sean devorados por la cueva donde mora (Luis del Río, comunicación personal).

En las distintas versiones de la mitología de Mari, al elemento ígneo - representado por el sol, el fuego del hogar, el peine de oro y el color de su falda y sus cabellos - se contrapone un elemento lunar corporizado en el espejo de plata que sostiene en su otra mano (Ortiz-Osés y Garagalza, 2006; pp.127). En efecto, se dice que Mari vive de la negación de lo que es y de la negación de lo que no es, abordando de este modo las tensiones en la realidad circundante a fin de equilibrar los opuestos (Ortiz-Osés y Garagalza, 2006; pp.151-153).

Existen en los Andes leyendas folclóricas sobre lagunas de altura en cuyas orillas los pobladores locales afirman haber visto a una mujer peinándose sus largos cabellos. El tema habitual es que ante la aparición de la mujer que se peina - a la que se denomina “sirena” o “sereno” - el infortunado testigo resulta “tragado por la laguna” (véase Ceruti, 2004b). Puesto que la sensualidad femenina volcada en el peinado del cabello no es una característica habitual en el mundo andino (donde por el contrario, los cabellos son cuidadosamente trenzados a fin de evitar que su pérdida demore al alma en el tránsito al más allá), cabe contemplar la posibilidad de que se trate de una adaptación andina de la imagen mitológica de la diosa vasca de la montaña, traída a América durante la conquista y colonización españolas.

El monte Txindoki: morada temporal de Mari

El monte Txindoki (1341 m) es un pico esbelto y abrupto al que por sus características orográficas se lo conoce como “el Cerviño vasco”. Forma parte del macizo de Aralar, región en la que la utilización ritual de cumbres se remonta por lo menos hasta la época romana. En efecto, en el distante monte Toloña, los romanos construyeron en la cima un “ara” a Tulunius (Juantxo Agirre, comunicación personal).

El nombre actual de la montaña, Txindoki, está tomado de una “chabola” de pastores localizada en las praderas de altura debajo de las aristas rocosas que conducen a la cima. Su nombre original en euskera, el que aparece en las leyendas antiguas, es Larrun Arri, que se traduce como “piedra pelada”. Es interesante señalar que en otras provincias del país vasco existen montañas consideradas sagradas que tienen la palabra “larruhn” como parte de sus nombres tradicionales. Tal es el caso del monte Larruhn, en el límite entre Francia y España, el cual se conoce legendariamente como lugar de reunión de brujas.

Tuve oportunidad de ascender a la cima del monte Txindoki acompañada de Juantxo Agirre Mauleon, un arqueólogo vasco que ha excavado numerosos sitios arqueológicos en las montañas de menor elevación que rodean a este prominente pico. El ascenso al Txindoki insume aproximadamente dos horas, siguiendo un sendero bien acondicionado por las faldas de la montaña y ascendiendo en roca por una empinada ladera que conduce a la cima, siendo que las restantes aristas resultan impracticables sin medios técnicos de escalada.

A diferencia del vecino monte Ernio, el Txindoki carece de cruces u otros elementos característicos de la romería vasca que hayan sido colocados por devoción en la cima. Según

mi colega ha podido apreciar, a lo largo de los años se han sucedido diferentes modas culturales afectando la utilización de las cumbres montañosas del país vasco: hacia 1970 se estilaba colocar cruces en las cimas pero hacia 1990, por el contrario, las mismas eran echadas abajo en estrategias de limpieza orientadas a devolver a las montañas su apariencia natural. Era frecuente hacia el año 2000 el transporte y colocación de banderas tibetanas en las cimas, introducidas por los escaladores vascos tras sus expediciones al Himalayas. En el presente, un problema aún no resuelto es el de la frecuencia creciente con que los deudos eligen arrojar las cenizas de los difuntos desde las cimas de los montes, tras su cremación (Juantxo Agirre, comunicación personal).

La ausencia de parafernalia cristiana en la cima del monte Txindoki puede vincularse también a que esta montaña, al igual que otros picos rocosos prominentes de la geografía vasca, es considerada una de las moradas temporarias de Mari, la diosa telúrica de las montañas. Como ya se ha dicho, la morada principal de Mari se encuentra en las alturas del pico conocido como Amboto, en la región de Aizkorri. En tanto que en la región de Aralar, Mari mora temporalmente en una cueva cercana a la cima de Txindoki, y se traslada - bajo la forma de una bola de fuego o estrella fugaz - al vecino monte Murrumendi, en cuya cima se yerguen las ruinas de un antiguo poblado de la Edad del Hierro. Es por ello que en esta parte de Euskadi se conoce a Mari como “la dama de Murrumendi”, en vez de por su advocación más corriente, “la dama del Amboto” (Juantxo Agirre, comunicación personal).

La cohorte de Mari: hechiceras, lamias y animales mitológicos

Existen entidades mitológicas supeditadas jerárquicamente a Mari, tales como Maju - una figura masculina que la visita los días Viernes en su cueva - y Zugaar - una culebra

masculina poseedora de un ceñidor mágico con el que preña a las princesas - (Ortiz-Osés y Garagalza, 2006; pp.127). Dicha serpiente mitológica suele ser caracterizada como un “culebro de fuego” (Juantxo Agirre Mauleon, comunicación personal). Los hijos de la diosa, Atarrabi y Mikelats, ayudan a Mari a desatar feroces tempestades de piedra y granizo (Ortiz-Osés y Garagalza, 2006; pp.131).

Aker, el macho cabrío, es el contraparte masculino de la diosa vasca de la montaña. El macho cabrío fertiliza a las sacerdotisas de la diosa Mari en encuentros ceremoniales de carácter sexual acompañados de danzas frenéticas, que se llevan a cabo en cuevas - como la de Zugarramurdi - o en un campo abierto denominado “aquestrarre” o “*dantzaleku*”. Es bien sabida la interpretación que dichas ceremonias paganas tuvieron en tiempos de la Inquisición, cuando la figura del macho cabrío pasó a identificarse con el diablo y la de las sacerdotisas paganas con las brujas (Ortiz-Osés y Garagalza, 2006; pp.135). Sin embargo, pese a la condena de la iglesia, las danzas propiciatorias de la fertilidad subsistieron en el país vasco a lo largo de los siglos, bajo la apariencia de celebraciones de fin de semana, que más recientemente han sido desplazadas por las consabidas ascensiones dominicales a las montañas dotadas de ermitas.

Las *lamias* son entidades mitológicas femeninas que forman parte de la cohorte de sirvientas de Mari. El imaginario vasco las confunde a veces con ninfas o brujas, si bien se distinguen por la peculiaridad de poseer extremidades de animales y habitar en oquedades húmedas, pozas de agua y grutas. En algunos casos, al igual que las sirenas, llegan a raptar a los hombres que se enamoran de ellas (Ortiz-Osés y Garagalza, 2006; pp.141). El relato popular las define como “mujeres pato” que habitan en arroyos del bosque y que son capaces de embrujar a los hombres como sirenas (Luis del Río, comunicación personal).

Las brujas vascas o *sorgiña* también se encuentran al servicio de Mari, como hechiceras especializadas en conjuros, adivinación, sortilegios y el uso de hierbas con propiedades curativas. Pueden transformarse en animales, mostrando predilección por la figura de los gatos (Ortiz-Osés y Garagalza 2006; pp.139-141). En algunas circunstancias, llegan a raptar y comerse niños. Contra el maleficio de la brujería existen talismanes y amuletos tales como las “higas”, pequeñas piedras talladas con forma de puño o mano cerrada, habitualmente con un dedo parado (José Benito Ruiz, comunicación personal). Las flores de Eguzkilo con su apariencia de girasoles peludos, ofrecen protección contra el acceso de las brujas a la vivienda, al ser colgadas de los dinteles de puertas y ventanas, tal como se observa en casas y refugios de montaña en distintos rincones del país vasco. La lógica popular sostiene que las brujas no pueden ingresar a una morada sin contar previamente cada pétalo y pelo de la flor, lo cual insume mucho tiempo y las expone a ser sorprendidas por el amanecer. Por ese motivo, un mechón de lana de oveja es capaz de cumplir la misma función ritual de protección. Es interesante advertir que en el mundo vasco las brujas maléficas son siempre femeninas; en tanto que los brujos masculinos suelen ser percibidos como benéficos por sus aptitudes como curanderos.

La toponimia hace eco del vínculo mitológico entre la brujería y el megalitismo ibérico, como en el caso del famoso dolmen de Sorginetxe, cuyo nombre en euskera significa “casa de la hechicera o casa de la bruja”. Las llamadas “piedras caballerías” o también piedras movilizadas, sabrían sido colocadas en su precario equilibrio por obra de los brujos (Luis del Río, comunicación personal).

Montañas Vascas y Dragones

La presencia de dragones mitológicos en las montañas vascas ha sido atribuida a

influencias jacobeanas. Ciertamente, las leyendas de dragones en cuevas montañosas abundan en el folclore rural del macizo alpino. El monstruo subterráneo más frecuente en la mitología vasca es Iraunsuge, una serpiente draconiforme (Ortiz-Osés y Garagalza, 2006; pp.221). El monte Udalaitz es uno de los rasgos geográficos de la región del macizo de Aralar vinculado más directamente con el dragón, tratándose además de una montaña que es reconocida como morada de Mari.

La ermita en la cima de San Miguel de Aralar es desde el Medioevo un lugar al que los devotos peregrinan por motivos vinculados a la reproducción, tales como la fertilidad de las mujeres que desean ser madres o la curación de enfermedades venéreas en los hombres. Cuenta una leyenda vasca que en la sierra de Aralar moraba un dragón al que periódicamente se le ofrecía una doncella en sacrificio. El caballero cristiano Teodosio de Goñi, quien se encontraba en la montaña purgando una condena a raíz de haber asesinado por error a sus padres, decidió tomar el lugar de la víctima. Cuando el dragón intentó comerlo y tragó las cadenas que lo ataban, fue derrotado por intervención de San Miguel arcángel, quedando Teodosio finalmente liberado de su condena (Ortiz-Osés y Garagalza, 2006; pp.169 - 171).

La toponimia y la mitología vasca realzan el vínculo entre montañas y dragones. En el caso del topónimo “Mondragon”, la leyenda refiere que los moradores del valle lograron vencer al monstruo reemplazando la doncella sacrificial por una muñeca de cera con una afilada lanza en su interior (Ortiz-Osés y Garagalza, 2006; pp.223). Los autores refieren también que en otras regiones del país vasco es la propia doncella, armada solamente con un pequeño huevo, la que logra vencer al dragón. Es posible que las leyendas de dragones y sacrificios de doncellas encubran prácticas de ofrendas humanas en las montañas vascas en el marco de antiguas ceremonias orientadas a la

propiciación de la fertilidad.

Consideraciones finales

La construcción simbólica y mitológica de la montaña en el mundo vasco se encuentra atravesada por el papel histórico que los picos inexpugnables y las cuevas inhallables han cumplido en el ocultamiento y refugio de quienes sufrieran persecuciones. Desde los vascones que resistieron las invasiones romanas, pasando por las brujas del siglo XVII hasta las víctimas de persecución política en el siglo XX. Las “brujas” que se ocultaban en cuevas en la montaña en tiempos de la Inquisición han inspirado la figura de Mari, “la dama” de la mitología vasca, cuya morada se encuentra en los picos más abruptos y elevados de *Euskadi*, tales como los montes Amboto, Txindoki, Oiz, Udalaitz y Murrumendi.

En la creencia popular vasca, Mari encabeza a una cohorte de *lamias* ondinas y *sorginas* hechiceras. Suele aparecer en el imaginario como una mujer joven y sensual que peina su dorada cabellera en la boca de la cueva en la montaña, o junto al fuego del hogar. Es interesante señalar su semejanza con los “sirenos” de las montañas sudamericanas, a quienes el folclore andino caracteriza como mujeres jóvenes que peinan sus cabellos al borde de una laguna encantada (Ceruti, 2004b).

Los monumentos megalíticos emplazados en las cimas redondeadas de montañas de menor altura son atribuidos en su origen mitológico a “gentiles” de gigantesco tamaño y deforme apariencia, custodios de cuantiosos tesoros materiales y del conocimiento de la agricultura y la herrería, eventualmente transmitido a los cristianos gracias a la audacia e inteligencia del héroe cultural Martinico. La existencia de tesoros ocultos en las cumbres es aludida en la toponimia y en el folclore del país vasco, donde proliferan las leyendas de “pellejos” y “odres”, con sus familiares ecos

en las leyendas de “cogotes” características de las montañas andinas. Los gentiles del mundo vasco, entre ellos el mítico “Sansorri”, son capaces de modificar la topografía con sus “hondazos”; atribución que en el mundo andino se otorga al “rey Inga” o “Incarri” (Ceruti, 2005).

Numerosas montañas en la región del Levante Ibérico han devenido en centros de peregrinaje, convirtiéndose asimismo en emplazamiento de ermitas características del catolicismo popular vasco, como en el caso de los montes Ernio y Uzturre. Los ritos de purificación y sanación que los devotos protagonizan durante las romerías acarrear ecos de las prácticas purificadoras medievales. Ocasionalmente asoman en las leyendas vascas las figuras de dragones y “culebros” a las que la mitología vincula con la temática de la fertilidad y el sacrificio de doncellas.

La mitología vasca fue introducida en América durante la conquista y colonización; por el accionar de los misioneros y con el aporte de la inmigración. El folclore americano se ha nutrido de este sistema de creencias, generando figuras y relatos sincréticos que se encuentran ampliamente extendidos y arraigados en el mundo andino. De allí la importancia de considerar a la mitología vasca en el contexto de los estudios antropológicos en torno a las montañas sagradas de Latinoamérica.

Agradecimientos

La realización de esta investigación fue posible gracias a la invitación a participar de las jornadas Naturaldia de Mayo de 2011, marco en el cual la que suscribe fue oradora principal, recibiendo un homenaje a la divulgación científica por parte de las autoridades de Tolosa. La generosa predisposición de los anfitriones en el país vasco hizo posible visitar varios rincones de la provincia de Guipuzkoa y familiarizarme con su folclore. Es por ello que se extiende

un especial agradecimiento a las autoridades de la aldea de Tolosa y a los organizadores de las Jornadas Naturaldia. A Shole Martin y su esposo, Santiago; a Luis del Río, Beatriz Marticorena San Agustín, Nisa, Beto Ruiz Cervantes, Juantxo Agirre Mauleon, María José y Anchón Valdez. También agradezco a la Dra. Anatile Idoyaga Molina por haberme orientado a reflexionar en torno al impacto de la mitología europea en el sistema de creencias andino.

Bibliografía

- Ceruti, M. C.
2003 *Lullaillaco: Sacrificios y Ofrendas en un Santuario Inca de Alta Montaña*. Salta: Publicación del Instituto de Investigaciones de Alta Montaña. Ediciones de la Universidad Católica de Salta.
- 2004a Prospecciones arqueológicas en el volcán Granada. *Revista Mosaico. Trabajos en Antropología Social y Arqueología*. Buenos Aires: INAPL.
- 2004b Toponimia y Folklore en torno a las montañas sagradas del valle del Cajón. *En El santuario incaico del Nevado de Chuscha (zona límite Salta-Catamarca)*. Mendoza Juan Schobinge compilador. *Anales de Arqueología y Etnología* 56/8. Facultad de Filosofía y de la Universidad de Cuyo.
- 2005 A la sombra del volcán Licancabur: santuarios de altura en los Cerros Toco, Juriques y Laguna Verde. *Xama*, 15.
- Cotterell, A. (compilador)
1999 *Enciclopedia de mitología universal*. Mendoza: Editorial Parragón.

- Echevarria, E.
1988 *Leyendas de los Andes de Chile*. Santiago de Chile: Edición del autor.
- Ortiz Oses, A. y Garagalza, L.
2004 *Mitología vasca. Todo lo que tiene nombre es*. Donostia – San Sebastián: Editado por Fundación Kutzka.
- Reinhard, J. y Ceruti, M. C.
2010 *Inca Rituals and Sacred Mountains: a study of the world's highest archaeological sites*. Los Angeles: Instituto Cotsen de Arqueología Universidad de California (UCLA).

Resumen

Numerosas montañas en el país vasco han devenido en centros de peregrinaje, adonde los lugareños acuden en romería para la realización de ritos de purificación y sanación. Por su parte, los monumentos megalíticos emplazados en las alturas montañosas son atribuidos en el folclore local a “gentiles” de gigantesco tamaño y deforme apariencia, custodios de cuantiosos tesoros materiales y de conocimiento. Las “brujas” que se ocultaban de los inquisidores en cuevas de la montaña han inspirado la figura mitológica de Mari, cuya morada se encuentra en los picos más abruptos y elevados de la cordillera cantábrica y los Pirineos. Su cohorte de *lamias* ondinas y *sorginas* hechiceras sigue morando en las oquedades de los bosques que tapizan sus faldas.

Para la realización de esta investigación, la autora visitó diversos sitios megalíticos emplazados en altura, incluyendo el dolmen de Sagastieko Lepua la cima del cerro Akolaxtara y el cromlech de Mulisko Gaina, en las alturas del cerro Oindi; así como los dólmenes asociados con las “campas” y las “chabolas” pastoriles en las faldas del macizo de Aizgorri. También visitó la basílica de San Ignacio y la casa torre de la

familia Loyola, además de la ermita museo de San Martín de Iraurgi, el parque arqueológico de Tolosa y el museo de San Telmo en Donostia. En compañía de montañistas vascos ascendió a las cumbres de los montes Txindoki, Uzterre y Ernio, subiendo también a pie a las cimas de los montes cantábricos de Urgull e Igueldo.

La mitología vasca fue introducida en América durante la conquista y colonización; por el accionar de los misioneros y con el aporte de la inmigración. El folclore andino se ha nutrido de este sistema de creencias, generando figuras y relatos cuya naturaleza sincrética se comprende más cabalmente a la luz de las contribuciones europeas, frecuentemente desapercibidas o ignoradas. De allí la importancia de considerar a la mitología vasca en el marco de los estudios antropológicos en torno a las montañas sagradas de Latinoamérica.